

LA INFLUENCIA DE LOS ESPIRITUS SOBRE EL SER HUMANO

Los espíritus encarnados estamos rodeados incesantemente, sin darnos cuenta de ello, por espíritus desencarnados, ocupándose los desencarnados solamente de aquello que les interesa según su estado de progreso, ya sea en el bien o intentando influenciar al hombre para que siga en el mal camino, con los cuales estamos en desventajas ya que ellos ven nuestros actos que quisiéramos que estuvieran ocultos e incluso nuestros pensamientos más íntimos, y nosotros, sin embargo, y generalmente no podemos percibir su presencia. La influencia que podamos recibir de los espíritus estará en consonancia con el estado moral y evolutivo de nuestro Espíritu.

La influencia de los espíritus ha existido desde siempre, pues los espíritus existen desde que los hombres existen, siendo en todo tiempo su influencia positiva o negativa sobre la humanidad, habiendo desde siempre espíritus encarnados con la facultad de comunicarse con los espíritus, pues el mismo Moisés tenía esta facultad sino como explicar la manifestación de la famosa zarza, manteniendo este conocimiento apartado del conocimiento del vulgo por su estado de ignorancia, el cual hubieran mal interpretado, tergiversado y manipulado, pero cuando la humanidad ha estado preparada para comprender este conocimiento, el espiritismo ha venido para descender el velo que existía entre un estado y otro, así como también a desenmascarar a los **espíritus** que tomando los nombres de espíritus venerables del Cristianismo se hacían pasar por ellos, como también las distintas formas de influencia obsesiva de los espíritus desencarnados sobre los encarnados, de desenmascarar a los espíritus burlones, mentirosos, pseudo-sabios, malévolos, frívolos etc., que anteriormente por el desconocimiento del mundo espiritual, estos espíritus han influenciado, engañado y manipulado con mayor impunidad, pero también a su vez estos espíritus encarnados se dejan arrastrar y manipular por estos espíritus inferiores porque se sienten a gusto desenvolviendo sus pasiones y debilidades las cuales atraen a los espíritus inferiores, puesto que siempre cedemos por nuestro libre albedrío, siempre tenemos la facultad de hacer o no hacer siendo siempre el espíritu encarnado el responsable de sus actos, no teniendo justificación alguna.

El periespíritu refleja el estado en que realmente está el Espíritu, sus pensamientos, sus actos y los actos que no se atreve a realizar, por tanto el periespíritu refleja con fluidos claros u oscuros y negativos los pensamientos e ideas del Espíritu siendo éste el que crea los fluidos positivos o negativos que envuelven su periespíritu, pues los fluidos son neutros, quedando para los espíritus todo a la vista con lo cual ellos ven nuestras debilidades, vicios, pasiones, y por donde somos más débiles para ser influenciados. Todos recibimos la influencia de los espíritus, si es positiva y nuestro espíritu está en disposición de seguir sus inspiraciones, su ayuda no nos faltará, pero si no hacemos caso de sus inspiraciones ellos se apartarán de nosotros, dejando el

camino libre a todos aquellos espíritus inferiores que se quieran aprovechar de nuestras debilidades y defectos.

El cuerpo es el instrumento por el cual el Espíritu se manifiesta, pero a su vez también experimenta las sensaciones que la materia le transmite, es inevitable que dichas sensaciones nos provoquen estados y situaciones muy tentadoras, y no precisamente en el terreno que el Espiritismo nos muestra con sus enseñanzas, dichas sensaciones cuando el Espíritu se materializa y acalla la voz de su Espíritu, se debilita y es presa fácil a la influencia de los espíritus que se apegan para que no se puedan esclarecer y poderlo manipular, los espíritus puedan absorber los fluidos, del alcohol, tabaco, drogas etc. En estos casos llegan a ser sus obsesores, los cuales si el mismo Espíritu no quiere cambiar los llevará hasta su desencarnación, la influencia obsesiva siempre es negativa para el Espíritu encarnado, pero su origen tiene muy distintos orígenes y causas.

Generalmente el hombre recibe pensamientos e ideas, comúnmente no sabiendo el Espíritu si son suyas o no, porque él no se percata de que le estén sugiriendo ideas y de que lleve a un Espíritu apegado a él, no porque sea su enemigo, puede ser un familiar o un Espíritu desencarnado que está aún materializado y se ha quedado apegado a la Tierra, y como le hacemos caso a sus sugerencias se queda con nosotros; el tipo de influencias puede ser muy variado.

Los espíritus influyen en los actos de nuestra vida más de lo que nos imaginamos, porque cedemos a su influencia y sugerencias creyendo que somos nosotros los que hemos tenido la idea y de esta manera pueden dirigir parte de nuestra vida, ya sea que aceptemos las sugerencias de los espíritus trabajadores en el bien o la influencia de los espíritus negativos por la inferioridad del Espíritu encarnado o porque los espíritus trabajadores en el bien se aparten de nosotros porque no aceptan sus ideas y pensamientos, esto tendría su justificación en cuanto a los hombres que desconocen los enseñamientos del Espiritismo.

Pero en cuanto a los espíritus encarnados que tienen conocimientos del Espiritismo o que ellos se denominan espiritista, que se dejen influenciar por espíritus inferiores tienen más responsabilidad por el conocimiento que ellos tienen, ya Jesús nos lo advirtió con estas palabras “*orad y vigilad*” por esto ante la poca vigilancia de algunos que se denominan espíritas, los espíritus se aprovechan de sus vicios y debilidades para hacerlos caer en el ridículo, para ellos el tiempo no importa se acercan a nosotros para impedir el progreso del Espíritu, ellos son pacientes pero si no hacemos caso de sus sugerencias al final se cansan y se van, por esto tenemos que estar alerta porque esa influencia puede ser muy sutil, porque ellos saben que un ataque frontal podría ser un fracaso y si no estamos vigilantes acaban por liarnos y entorpecer nuestra vida y progreso.

La influencia que ellos puedan ejercer sobre el Espíritu encarnado es uno de los mayores obstáculos que se le presentan al ser encarnado, porque a mayor progreso del Espíritu, mayor inteligencia del espíritu negativo que aprovechando las debilidades o poca vigilancia del Espíritu que quiere influenciar para apartarlo del buen camino y de la divulgación del Espiritismo, y por esto tenemos que estar muy vigilantes no ya a los ataques frontales sino a los ataques que nos puedan hacer, por los que están a nuestro alrededor, ya sean familiares, amigos.

D.S.F.

EL ESPIRITISMO DEBE ESTUDIARSE

Quince personas nos reunimos una noche en Madrid, en el café del siglo, y sólo éramos tres espiritistas: un médico, su esposa y yo. Los demás eran librepensadores, materialistas, ateos del todo. Riéronse grandemente del Espiritismo, diciendo un joven ingeniero, andaluz por más señas, y con mucha gracia:

-Señores, hoy he pasado un rato divertidísimo. Vino a verme un condiscípulo, y me dijo que se iba a Roma a cumplir una penitencia que le había impuesto un Espíritu; y me leyó una comunicación interminable. Nunca he oído una sarta de disparates semejante. ¡Qué galicismos! ¡Qué anacronismos! ¡Qué metáforas! ¡Qué hipérboles! ¡Qué sintaxis tan admirable! Repito, señores, que es el escrito más estúpido que he oído en toda mi vida, y lo que a mí me llama la atención es que este muchacho no es ningún tonto: en todas las asignaturas ha tenido la nota de sobresaliente, y no porque sus parientes se las hayan comprado, no nada de eso; porque el pobre está solo en el mundo y ha hecho su carrera con mil apuros. Yo hoy le miraba y decía en mi interior: ¿Se habrá vuelto loco este muchacho?... le hablé de varias cosas, y me contestó muy acorde, pero enseguida me volvía a hablar de sus espíritus, añadiendo que ve a su madre y a toda su parentela, y anunciándome que yo era uno de los elegidos, según le había dicho su Espíritu familiar, e invitándole a prepararme para hacer grandes trabajos en pro del Espiritismo. Al oír tal desatino, no pude contenerme más tiempo, me eché a reír a carcajadas; el pobre muchacho se molestó, y se fue, diciéndome con entonación profética:

-¡Desgraciado! Tú huyes de la luz; ¡Ay de los que prefieren las tinieblas!

-Sin duda –dijo el médico-, ese chico estará obsesado, y su Espíritu obsesor le inspira esos papeles ridículos.

-¿Y qué es eso de obsesado?

-Según Allan Kardec, es la subyugación que ejerce un Espíritu sobre un individuo; pero semejante dominación nunca tiene lugar sin participación del que la sufre, ya por su debilidad, ya por su deseo. Esos desgraciados también se llaman

poseídos, pero no existen poseídos en el sentido vulgar de la palabra. La palabra poseído debe sólo entenderse, en el sentido de la dependencia absoluta en que puede encontrarse el alma, con los espíritus imperfectos que la subyugan. Su amigo debe haberse dejado dominar por algún ser invisible, que se divierte con él, como un chiquillo con los soldados de plomo.

-No se ofenda usted, Aguilar, pero yo no puedo digerir que hombres formales como usted y otros muchachos crean tan de buena fe en esos espíritus, en esas subyugaciones, en esas inspiraciones, en esos dictados de ultratumba, que para mí no son otra cosa que aberraciones del entendimiento humano.

Se acercó el brigadier Montero, hombre de pocas palabras, ilustrado, que se escuchaba siempre con respeto, y comenzó diciendo que, a su entender, antes de ridiculizar el Espiritismo, lo lógico era estudiarlo.

-¿Y quién pierde el tiempo en semejante tontería? ¿Quién cree en la otra vida, si sabemos hasta la evidencia, que muerto el perro...?-Señores –replicó Montero-, ¿Os acordáis de mi hija Julia? Creo que alguno de vosotros asistió a su entierro.

-¡No nos hemos de recordar! –contestaron varios-. ¡Qué lástima de muchacha! Ha sido de las jóvenes más bellas que se han paseado en Madrid.

-¡Era un ángel!

-¡Una criatura adorable!

-Crea usted, señor Montero, que su hija vive en la memoria de cuantos tuvieron la dicha de tratarla.

-Pues bien, señores, aquella joven tan hermosa, tan noble, tan buena, ¡Que fue el encanto de mi vida!... Se dejó dominar por un ser invisible, y desde que nació estuvo obsesada y se complació en vivir sujeta a una voluntad que no fue la de sus padres, ni la de sus hermanos, ni la de sus amigas, ni la del hombre que la quiso tanto, que al verla muerta perdió la razón. Estuvo dominada por un Espíritu los veinte años que permaneció en la Tierra, pero dominada en absoluto.

-¿Es posible? –Dijo el ingeniero- Crea usted, señor Montero, que su voto para mí es de gran valía, y quizá sea usted el único que me haría cambiar de parecer, si me diese explicaciones de lo que observó en su hija, ahora o en otra ocasión que crea usted más oportuna.

-Ahora es la mejor, porque cuando se tiene conocimiento exacto de la verdad, ésta no debe ocultarse. He oído cómo os burlabais del Espiritismo, y francamente, me duele ver hombres entendidos malgastando su tiempo en negar lo que no conocen.

Seis mil estrellas vemos en el cielo a simple vista, pero con el telescopio se ven millones de puntos luminosos, sin contar las miríadas que escapan al objetivo astronómico.

En la gota de agua no vemos los millones de infusorios, pero con el microscopio los distinguimos. Ciegos son los que niegan la luz del Sol.

Veinte años, ha sido para mí la vida de mi hija un misterio enigmático. Cuando por quinta vez me dijo mi esposa que iba a darme un nuevo vástago, sentí sin explicarme la causa, una emoción que no había sentido al nacer los otros cuatro hijos.

Inés dio a luz una niña preciosísima. ¡Y fue tan dócil, tan buena, tan cariñosa! Notamos todos los de casa que la niña miraba a un punto fijo, se reía, agitaba las manos, y hacía esfuerzos por trasladarse a aquel punto. La primera palabra que pronunció no fue la que dicen todos los niños, de papá o mamá; ella dijo: ¡El nene, el nene! Y siempre señalaba, como si viera a alguien.

Cuando la dejábamos en la cuna, se ponía de modo que siempre dejaba sitio desocupado para que se acostara otro, y cuando yo la levantaba, me decía muy contenta: “El nene está aquí”; y señalaba el lado que ella había dejado vacío. Transcurrió así su infancia. Todos los de casa nos convencimos que Julia veía a un ser invisible para nosotros; mi madre y mi esposa decían que veía al ángel de la guarda; pero yo, que entonces era materialista, creía que mi hija no tenía los cinco sentidos cabales, y la hice reconocer por algunos analistas, que no hicieron más que admirar su precoz inteligencia.

Al fin, nos acostumbramos a aquel compañero invisible, que entonces en nada perjudicaba a mi hija, la cual con muy poca edad leía y escribía correctamente, tocaba el piano con verdadera inspiración, dibujaba admirablemente, y se convertía en maestra de sus hermanos mayores. Aprendió idiomas con pasmosa facilidad y lo mismo las labores más delicadas de su sexo. Influyó en mi modo de ser de tal manera, que yo mismo no me conocía. Llegué a convertirme en un amante de mi familia, yo que desdeñaba antes los goces del hogar, por mis aficiones aventureras.

Mientras ella vivió, fui feliz; lo único que me disgustaba, era cuando me hablaba de él, del ser invisible para nosotros y perfectamente visible para ella. A nuestras observaciones cuando le decíamos que su visión era ilusoria, nos persuadía de lo contrario diciéndonos: “Ese ser que vive conmigo, lo he visto en mi cuna, ha jugado conmigo, me ha facilitado mis estudios; por él sé mucho más que mis hermanos; él me habla de otra patria, de otra vida; le quiero con toda mi alma, cuando no le veo, sufro horriblemente; sin él no podría vivir”.

Yo pensé que casándola se le olvidaría las quimeras. La presenté en sociedad a los dieciséis años, causando admiración general, que aparte de su belleza y de su talento, cantaba como el ruiseñor, bailaba con suprema elegancia, y era amable y discreta como un ser ideal. Me pidieron su mano hombres de gran posición social, entre ellos el joven marqués de la Peña.

Julia para todos tenía una sonrisa celestial, una frase encantadora; pero a nadie concedía una sola esperanza. Cuando yo la interrogaba al respecto, me decía: -Papá, él no quiere que me case; él me quiere para sí, y a mí nadie me gusta sino él. ¡Si le vieras!... ¡Es tan hermoso!... Tiene unos ojos... ¡Ah! ¡Unos ojos divinos!

¿Cómo he de querer yo a un hombre de los de aquí? Cesa en tus pretensiones; déjame que en la Tierra viva para ti, para mi madre, para mis hermanos, para los pobres; pero no me unas a otro ser, que yo estoy desposada con él desde antes de venir a este mundo.

Yo, entonces, creía que mi hija estaba alucinada, y para ocultar lo que yo creía un defecto, me guardaba muy bien de decir a nadie las conversaciones que tenía con Julia, ni aún a su madre, y así vivimos hasta que cumplió veinte años. Un joven, oficial de

artillería, se enamoró de mi hija con tal delirio, que me daba lástima; ella también le compadecía, y le distinguía con su amistad, y aún hubo momentos que le miraba de un modo muy expresivo; pero de pronto se entristecía, se ponía nerviosa; en estado violento, hasta concluir por llorar. Palideció, se negó a tomar alimento, debilitándose de tal modo, que no pudo dejar el lecho. Los médicos no pudieron definir su enfermedad.

Muy tranquila, y hasta risueña, me dijo el día antes de morir, estas palabras:

-Papá, no te desespere por mi partida. Soy un desterrado que vuelvo a mi patria.

No sé cómo explicarte lo que pasa por mí, porque yo no me explico muy bien: tengo gran confusión en mis ideas. Si aquí tú eres mi padre, si aquí tengo familia, allá la tengo también. ¿Comprendes tú esto? Allá me esperan otros deudos, otros amores más puros que los de aquí. Yo vine a la Tierra para pagarte una deuda, y he sido el ángel de tu hogar, por eso, ahora él me espera, él, a quien he conocido antes que a ti; él, que es dueño de mi alma; ¡Mírale cuán hermoso es! ¿No lo ves? Y mi hija me indicaba que él estaba allí, junto a nosotros.

Yo, ignorante, creía que deliraba mi hija, por más que estaba acostumbrado a aquellas confidencias. Se despidió de todos nosotros; y, sonriendo dulcemente, reclinó su cabeza en mi hombro y quedó muerta sin agonía; la agonía fue para nosotros, que nos quedamos inconsolables. Mi madre, de edad avanzada, murió del sentimiento, y mi esposa, desde entonces, no ha tenido un día bueno. A mí no me ha costado la vida, porque sé que volveré a verla.

La formal declaración de Montero causó profunda sensación en sus oyentes, tanto, que muchos de aquellos incrédulos estudiaron el Espiritismo, y hoy, no sólo son adeptos, sino entusiastas propagandistas.

Amalia Domingo Soler